

El respetable Butrón daba puñetazos en los muebles y cruzaba à largas zancadas el aposento, llamando à su mujer, según su costumbre, unas veces *Geno*, otras *Veva*, nunca por completo *Genoveva*, y prodigándola con todas sus letras los dictérios de imbécil, estúpida, vieja del diablo, beata de Barrabás; que no sabiendo sino rezar el *Pater noster*, quería darle lecciones à él, Pirro en el ingenio, Ulises en la prudencia, Anteo en el ánimo, Alejandro en la magnanimidad y Escipion en lo afortunado.

Curiosas escenas íntimas del hogar doméstico, que parecerán inverosímiles à los que sólo conocen la *parte oficial* de los grandes personajes, y que debieran de esculpirse cual bajos relieves, en los pedestales que levantan el vulgo y la opinión à muchos de los prototipos sociales que brillan en academias y congresos, estrados y salones.

La Marquesa, la anciana señora de virtud intachable, de educación exquisita, escuchaba aquel torrente de denuestos muda é inmóvil, con la cabeza baja y las lágrimas en los ojos, semejante à la estàtua de la paciencia contemplando sus propios sufrimientos. Por dos veces quiso interrumpir à su marido, mostrándole una carta que en las manos tenía; mas los gritos y denuestos del sesudo diplomático le atemorizaron y aturdieron, y volvió à guardar silencio. Las escenas de Lauzun amenazando con el bastón à la Duquesa de Montpensier, su esposa, y gritándole: —¡Luisa de Borbón, quítame las botas!— no eran sin duda desconocidas à la infeliz señora.

Hallábanse ambos esposos en el despacho particular del diplomático, vasta pieza decorada en otro tiempo con severa magnificencia, pero sobre la cual habían pasado los años sembrando manchas y desconchones, sombras y deterioros, que la larga cesantía del magnate no había permitido hasta entonces restaurar. Véase en un extremo, tras un gran

biombo de nueve hojas de laca de Coromandel, descascara-do por todas partes, una enorme mesa cargada de papeles y rodeada de artísticos armarios, todos al alcance de la mano, *sancta sanctorum*, donde sólo penetraban los iniciados en los asuntos y manejos del diplomático. Al otro extremo, frente à una alta vidriera que daba al jardín, y al lado de una chimenea de mármol negro, había una gran mesa del siglo xvii de nogal, cuadrada, con ancha talla y hierros escarolados, y cómodas butacas y mullidas poltronas, algún tanto desteñidas y un mucho destrozadas, dispuestas en torno: allí recibía Butrón à los profanos, à que les era lícito traspasar el dintel de su despacho privado. Veíanse por todas partes, sobre las mesas, en las dos chimeneas, por los armarios y colgados de las paredes, retratos de reyes, príncipes y personajes ilustres, de fotografía unos, magníficamente grabados en acero otros, con pomposas dedicatorias al integérrimo diplomático, que pregonaban sus grandes relaciones y sus altas influencias. Sobre un sofá de rica badana japonesa, hundido todo y despellejado, había en lugar preferente una gran fotografía del príncipe Alfonso con el uniforme de escolar del colegio de María Teresa, y esta dedicatoria escrita de puño y letra del futuro monarca: *Al leal Marqués de Butrón, modelo de caballeros.—Recuerdo del 2 de Diciembre de 1870.—Alfonso.*— Aquella fecha solemne era la del día en que Butrón se avistó por vez primera después de la Revolución con los augustos desterrados, y juró à los piés del régio niño restaurarlo en el trono de España ó morir en la demanda.

Más lejos, à uno y otro lado de una gran panoplina llena de orn y descabalada, había dos hermosos grabados de Luis Felipe y la reina Amalia, con sendas dedicatorias, y entre otra porción de notabilidades regias, políticas y literarias, diseminadas por todas partes, un retrato en litografía de Martínez de la Rosa, en los tiempos en que le llamaban *Rosita la pastelera*, con este campechano letrero: *A Pepillo Butrón, su dómine, Paco.*

Mas entre todos aquellos monumentos de altas estimaciones, era el más curioso una hermosa fotografía de la reina de Inglaterra, colocada con afectada naturalidad sobre la chimenea en un pequeño caballete de plata oxidada, cuyas

molduras tapaban en parte la honrosa dedicatoria. Había-sela dado la Majestad británica en Roma, con motivo de cierto oportuno servicio, y deseando demostrarle la más exquisita deferencia, puso en castellano el autógrafo. Mas su Graciosa Majestad no manejaba sin duda con grande arte el habla de Cervantes, y siendo su intento escribir según la construcción inglesa:—*Al Marqués de Butrón, recuerdo*,—olvidóse de poner la *u*, y resultó:—*Al Marqués de Butrón, recerdo*,—firmado y rubricado de puño y letra de su Graciosa Majestad la soberana de los tres reinos unidos, emperatriz también de las Indias.

El pasmo de Butrón fué grande al verse colocado redupticativamente por aquella importuna síncopa, en la rama más desacreditada de la extensa familia de los paquidermos, y apresuróse á colocar habilidosamente la régia dádiva en una moldura, que sin ocultar por completo el honroso letreiro, encubriese el sangriento *lapsus calami* de su Majestad británica.

Ocurrían graves sucesos, y la pelotera que Butrón sostenía con su mujer, reconocía en ellos su origen. Pavía había dado el golpe del 3 de Enero, derrumbándose la república parvulita, al eco de tres ó cuatro tiros disparados al aire en los pasillos del Congreso. El poder cayó de nuevo en las garras de Serrano, y el desquiciamiento general, la indisciplina del ejército que peleaba sin fé ni esperanza, en aquellas dos grandes exclusas de Cartagena y el Norte, que se tragaban torrentes de sangre y arroyos de dinero, indicaban á los pacientes alfonsinos, cruzados de brazos, que se acercaba la hora de extender la mano para coger la breva madura ya por completo. La escena de Aristófanes en su comedia *La Paz*, cuando el pacífico Trigeo sube al Olimpo montado en un escarabajo, se representaba entonces en España; el Olimpo estaba desierto, y sólo quedaban allí la Guerra y el Estrago, machacando en un mortero una nación entera y sirviéndoles de mano un general ambicioso.

Otro general de valor, de prudencia y de prestigio, encargóse entonces de inclinar hácia los alfonsinos, la rama de que pendía la fruta apetecida y disputada. Fué éste el general Concha, que aceptando el mando del ejército del Nor-

te, partió para Bilbao dispuesto á restablecer la disciplina, aniquilar á los carlistas y proclamar rey de España al joven príncipe Alfonso. Era necesario, sin embargo, allegar recursos para preparar el ejército, y las bolsas exprimidas, las codicias alarmadas y los egoísmos latentes, dificultaban mucho la ejecución del proyecto. El ingenio del Marqués de Butrón encargóse entonces de hallar remedio, y al frente de su brigada femenina, acometió la empresa: imaginó por de pronto crear una asociación de señoras para socorrer á los heridos del Norte, que difundida por toda España había de allegar recursos de todos géneros para ser distribuidos abundantemente en el ejército á nombre de las señoras alfonsinas, preparando así los ánimos para secundar el movimiento (1).

El plan fué aprobado con entusiasmo por los prohombres del partido, y el gran Robinsón sólo pensó entonces, con la enérgica actividad que le caracterizaba, en organizar la junta central de señoras en la corte. Ocupóse lo primero en buscar la Presidenta, piedra fundamental de todo el edificio, y un nombre ilustre que había de llevarse tras sí cuanto grande, bueno y respetable encerraba la corte, acudió el primero á su mente: la Marquesa de Villasis.... Mas las teorías conciliadoras del peludo diplomático, juzgaban necesario allegar otros elementos, y pensó entonces en la Condesa de Albornoz, para el cargo de Vicepresidenta. Esta atraería al Madrid de rompe y rasga que brilla y que bulle, pequeña, pero venenosa levadura que corrompe la sociedad entera, y la hace aparecer, al imponerle sus leyes y sus vicios, escandalosa hasta un punto que no lo es ciertamente: la otra atraería al Madrid honrado, sensato y devoto, no tan escaso como muchos creen, y en torno de uno y otro bando, se agruparía al punto el Madrid verdaderamente inmenso, la gran falange cortesana de gente más bien frívola que co-

(1) Varias fueron las asociaciones de señoras que se fundaron en aquel tiempo con el fin de socorrer á los heridos del Norte, siendo la que más benéficos resultados produjo, la presidida por la ilustre y virtuosa señora Marquesa de Miraflores, cuyo nombre ha aparecido siempre unido á todas las obras buenas y caritativas. Excusado nos parece advertir al lector, que la asociación que nosotros suponemos no tiene nada que ver con ninguna de éstas, y que aunque tomada del natural parte de su *fisonomía* es en su conjunto propia invención nuestra.

rrompida, más bien insustancial que viciosa, que vive de reflejos y escandaliza ó edifica, según es escandaloso ó edificante el astro que le comunica sus resplandores.

El plan era bellissimo. Mas ¿quién le ponía el cascabel al gato? ¿Quién aliaba á la tiesa y austera Villasis, con la amable y despreocupada Currita, aunque se tratase de ir á conquistar juntas la tierra santa? ¿Quién doblegaba la vanidad inmensa de la Albornoz, hasta el punto de hacerla aceptar en cualquiera empresa que fuese un puesto secundario?..... El astuto Butron resolvió tentar el vado, aproximando á las dos señoras, y citólas en terreno neutral, su propia casa, sin advertir á ninguna la presencia de la otra, con el pretexto de tratar reservadamente en junta de notables, un asunto de la mayor importancia para el partido. Encargóse él de avisar á Currita la noche ántes en el teatro, y por orden expresa suya escribió su mujer á la Villasis, con quien la unía una amistad antigua, cariñosa y sincera. La futura Presidenta olióse desde luego la partida y un oportuno constipado atroz y empedernido, vino á impedirle salir fuera de casa: así se lo notificaba con grande sentimiento y cariñosas frases á su buena amiga Genoveva, en una elegante esquelita cuadrada, en cuya esquina se leía, bajo la corona ducal propia de los grandes de España, su nombre de María.

Esperábase la Butron la llegada del constipado, díjoselo así á su marido al mostrarle la carta, y entonces fué cuando el respetable diplomático descargó su berrinche sobre la pobre dama, prodigándole los dicitos que al comenzar este capítulo apuntamos.

De repente recobró su cortésana sonrisa, su continente señorial y aparatoso: entraba la Duquesa de Bara, otra de las citadas, antigua amiga suya, aunque no de tan añeja fecha, de quien la maledicencia se había ocupado muchos años atrás, y se solía ocupar aún de cuando en cuando. Era la Duquesa mujer muy discreta, nada escrupulosa, conocía á Madrid palmo á palmo, y escuchábala Butron como á un oráculo, en todo lo referente á guerra femenil de intriguillas y abanicazos. A poco llegó el general Pastor, próximo á partir también al Norte, para secundar el movimiento de Concha, y vino luego un don José Pulido, hombre listo y

travieso, pies y manos de Butrón y también su ninfa Egeria que había sido condiscípulo suyo en la Universidad, y desempeñado muy buenos puestos á la sombra del diplomático. Eran ya las tres, y á las cuatro debían de llegar Jacobo Sabadell y la Albornoz, y hubiera llegado también la Villasis, si su providencial constipado no se lo estorbaba. El prudente Butrón habíalos citado con una hora de intervalo, para poder preparar en aquella antejunta de íntimos, lo que en presencia de los otros había de tratarse más tarde.

Sentáronse todos al lado de la chimenea, en torno de la mesa cuadrada, y el respetable Butrón expuso el caso. La Duquesa de Bara no le dejó acabar: juzgaba ella imposible hacer tragar á la Villasis la Vicepresidencia de Currita, como no fuera cogiéndola por sorpresa, presentan lo de improviso la candidatura aprobada ya por unanimidad, en la junta magna de señoras que había de celebrarse; y aun así y todo desconfiaba mucho del éxito, porque era María Villasis una quijota impertinente y ridícula, capaz de desairar á Madrid entero si se le ponía entre ceja y ceja el hacerlo.

—No se me olvidará nunca,—dijo, lo que hizo con la pobre Rosa Peñarrón, cuando aquel concierto famoso que organizó á beneficio de los inundados de Valencia... Le envió Rosa tres billetes, y tuvo la desfachatez de devolvérselos con el precio justo, unas quince ó veinte pesetas, y enviar luego á Valencia, por mano del Arzobispo, una limosna de tres mil duros.....

Butrón enarcó las formidables cejas, el general Pastor se atusó el largo bigote, y don José Pulido, más práctico y ménos puntilloso, ensauchó la barbilampiña cara, diciendo suavemente:

—Con tal de que nos envíe á nosotros otro tanto—aunque sea por mano del moro Muza.....

Ofendióse la Duquesa, que acababa de vender su hijo y su ducado al Sr. Lopez Moreno, y con mucha dignidad contestó severamente:

—¡Oh, no, no, Pulido!...—Ni el decoro se vende, ni tiene precio, ni necesitamos acá que venga la Villasis á darnos lecciones.....

Y además, desconfiaba ella mucho de la agüta de ésta,

é ignoraba hasta que punto podría contarse con ella para los trabajos de la Restauración... Ciertamente su amistad con la Reina destronada había sido siempre íntima, leal y consecuente; pero le constaba á ella de buena tinta, que Bravo Murillo tuvo la impertinencia de comunicar á la Marquesa la respuesta dada por el Arzobispo de Valladolid á la consulta de si la Restauración había de conservar ó no la unidad católica, y ésta no podía ser más terminante: *No era lícito á ningún partido político prescindir de ella.* Que era esto una tontería, una chochez del Arzobispo; corriente. Pero era lo bastante para alarmar la conciencia de una mojigata como la Villasis, y encontrar en ello un pretexto para tirar de los cordones de la bolsa....

La Marquesa de Butrón bajó los ojos como distraída al oír hablar de la unidad católica; y acentuóse aún más la sombra de tristeza que nublaban siempre su rostro. El integérrimo diplomático y el Sr. Pulido, cruzaron entre sí una rápida mirada: indudable era que los dos compadres habían hablado más de una vez del asunto, en junta de íntimos, del lado de allá del biombo. Butrón tomó la palabra, extendiendo la peluda mano.

— Respondo de María Villasis,—dijo enérgicamente.... Lo que tú dices es cierto, Beatriz; pero la pifia de Bravo Murillo, la enmendé yo mismo... María acudió entonces á mí muy alarmada, pidiendo explicaciones categóricas, y yo le prometí solemnemente, que la Restauración conservaría á todo trance la unidad católica, como la joya más preciada de las glorias de España.

La Duquesa se encogió de hombros, con muestra de grande impaciencia.

—Pues no dice éso el manifiesto que se negó á firmar Bravo Murillo,—dijo.

—Tampoco dice lo contrario.

—Entonces....

—Entonces queda en pie lo que yo he prometido.... El porvenir, no puede, sin embargo, asegurarse, y quizá pudiera suceder que contra nuestra voluntad y nuestros deseos, nos viéramos forzados á respetar un hecho consumado ó á ceder ante una votación contraria hecha en Cortes....

El Sr. Pulido hizo una profunda señal de asentimiento, bajando con previsora resignación los ojos, y la Duquesa, haciendo alarde de la perspicacia de su ingenio, exclamó ligeramente:

—¡Entendido, entendido... basta!...—Queda, sin embargo, el otro extremo por conciliar. ¿Crees tú que la mona Jenny se contente con la Vicepresidencia?

Asombróse Butrón de aquella extraña candidata cuadrmano que trataba de ingerir la Duquesa en la ilustre junta de damas, y exclamó muy sorprendido:

—¿La mona Jenny?...

—Pues hombre, Curra....—La Villamelona. ¿No sabes?... Diógenes le ha puesto ese nombre desde que le dió por fumar en pipa, en un *narghilé* precioso que le regaló el embajador de Marruecos... Es una mona famosa que hay en el jardín zoológico de Londres,—yo la he visto—y fuma en pipa con una gracia y unos mohines, que recuerdan á Curra por completo.

—¡Vamos, vamos,!--exclamó con bondad olímpica el diplomático. No he visto nada como Madrid, para motes y chismecillos... Todos queriéndose mucho, todos juntos noche y día, y todos arrancándose á tiras el pellejo y poniéndose en ridículo en cuanto vuelven la espalda.....

—¡Miren el puritano, el caritativo!... ¡*Ami de la vertu, plutôt que vertueux!* Pues ya tenías tiempo de haberte ido acostumbrando.

—Empezaré á acostumbrarme por la mona Jenny....—La mona Jenny, aceptará la Vicepresidencia.

—¿Crees tú? .

—Lo espero....—Le tengo reservado otro papel de grande importancia que le hará olvidar lo secundario de éste.

Entonces, exclamó Butrón su plan con todos sus pormenores.... No se trataba ya de una asociación de señoras exclusivamente alfonsinas; mil veces lo había dicho, y no se cansaría jamás de repetirlo. Era necesario *barrer para dentro*, conciliar todas las voluntades, ahuyentar todos los escrúpulos, ahondar en cualquier rincón en que pudiera encontrarse un ochavo, escarbar en todo muladar en que pudiera hallarse un pelotón de hilas sucias, agotar todos los

recursos de fiestas, bailes, toros, beneficios, francachelas y festivales con que la caridad moderna ha encontrado el secreto de enjugar las lágrimas, al mismo tiempo que ensancha los corazones, refocila los estómagos y estira las piernas.... ¡Socorrer á los heridos del Norte!... ¡Qué anzuelo tan á propósito para pescar desde las carlistas más recalcitrantes, hasta las liberales más radicales!... Por éso había pensado el para dar aquel barrido general y definitivo, en un gran baile, una fiesta sonada y famosísima, de *ancha base*, que debía de dar la mona Jenny, Curra, convidando á todo el Madrid explotable, desde la Presidenta consorte del comité carlista, hasta la ministra cesante, esposa dignísima del excelentísimo Sr. D. Juan Antonio Martínez.... Y allí, al calorcillo del Champagne que ablanda los corazones compasivos, bajo la influencia de las vanidades estimuladas que excitan el deseo de figurar, tender la red de la caridad, echar el anzuelo de los infelices heridos del Norte, y pescar de una sola redada entre las mallas de la asociación de señoras, á todo el Madrid femenino capaz de soltar la mosca... Celebraríase luego una junta general preparatoria en casa de Butrón mismo, presidida por Genoveva, y en ella había de presentarse y aprobarse por sorpresa, la candidatura de una junta directiva, preparada ya de antes, en que entrasen todos los elementos tan hábilmente combinados, que el partido restaurador tuviese mayoría, y pudiera Butrón entre bastidores, manejar á la junta y á la asociación entera, con la misma facilidad con que se maneja el manubrio de un organillo. La junta directiva era, pues, la clave del arco, el *clon* del proyecto, y el respetable Butrón terminó su perorata suplicando á los presentes, se dignasen estudiarlo maduramente, presentando sus candidatas con arreglo á este croquis que tenía él apuntado en un papelito.

—Una Presidenta, beata de gran nombre. (Nadie como la Villasis.)

—Una Vicepresidenta elegante de rompe y rasga. (Ninguna como la Albornoz),

—Seis vocales, una carlista, bastante tonta; otra radicala, de pocos alcances, y cuatro alfonsinas, de la Grandeza, del cogollito, honradas por supuesto, listas y de arranque.

—Una Secretaria literata.

—Una Tesorera de alta banca.

El general Pastor aplaudió entusiasmado la hábil estrategia del diplomático, el Sr. Pulido bajó modestamente los ojos, como si le tocara grande parte en la paternidad de la idea, y la Duquesa, encantada, comenzó á vomitar nombres propios, juicios críticos, filiaciones y datos biográficos que probaban bien á las claras su consumada pericia en el arte de averiguar vidas ajenas. Tontas encontraba ella á porrillo; listas tampoco faltaban; lo que le parecía difícil de hallar eran las honradas, y no porque no las hubiese á montones, sino porque la Duquesa no sabía encontrarlas, por aquello de que nadie hay más exigente ni que se complasca tanto en verlo todo manchado, como quien vive zambullido en medio del fango.

El respetable Butrón acogía aquellos homenajes con magestuosa sonrisa, y temiendo ver entrar de un momento á otro á Currita, recomendó de nuevo á los íntimos la mayor discreción con respecto á ésta: era necesario ocultarle el plan de la junta y entusiasmarla con la idea del baile, haciéndole creer que con ello ponía el partido en sus manos, el éxito del proyecto. Una vez entretenida con ésto, fácil era hacerle tragar por sorpresa, á su debido tiempo, lo secundario de la Vicepresidencia.

Llegó al fin Currita, la mona Jenny, con Jacobo Sabadell, el joven Telémaco: había tardado un poquillo, pero tenía la culpa el tío Frasquito... ¡Qué risa con el pobre posma! Habíase olido sin duda que algo se fraguaba, y presentándose á almorzar con una cara de pregunta, con un aire de sospecha!... Ella le había estado *tomando el pelo* todo el almuerzo, hasta que al fin, para quitárselo de encima, tuvo que armarle una emboscada, un *guet-apens* chistosísimo!... Díjole si quería acompañarla á dar una vuelta por el retiro con Miss Buteffull y con los niños, y le envió con estos al coche mientras ella se ponía el sombrero. ¡Pobre viejo!... En cuanto volvió la espalda, escapóse ella con Jacobo por la escalera de la servidumbre, y en el coche de éste, habíanse venido los dos solos, juntitos, como si fuesen un matrimonio. ¡Qué delicia!...

Y besó con piedad filial á la Marquesa, con amor fraterno á la de Bara, estrechó la mano de Butrón con infantil afecto, y tuvo una cariñosa sonrisa para el general Pastor, y un salutito protector y monísimo para el Sr. Pulido...

Hízola sentar Butrón junto á sí, al lado de la Marquesa, y ella con los claros ojos fijos en el gran duque Alejo, que sombreado por una telaraña tenía delante, comenzó á lamentarse con frases muy puleras, del entripado de Fernandito... Casi, casi había estado al punto de no venir, por miedo de dejarlo solo; pero las noticias que le había dado Butrón eran tan graves, tan lisonjeras, que acabó al fin por decidirse.

—Si tú no hubieras venido, hubiéramos ido todos á tu casa,—exclamó Butrón con gran vehemencia. Como que sin tí no puede hacerse nada y en tus manos está en rigor de verdad, la suerte del partido.

La vanidad hizo en el rostro de la Albornoz, lo que jamás había conseguido la vergüenza; sonrojarse.

—¡Jesús, Butrón, pobre de mí!—exclamó con su dulce vocesita. Pues si está en mi mano, no tenga V. miedo de que la suelte.

Butrón comenzó á exponer el proyecto, como si fuese desconocido de todos los presentes, haciendo caso omiso de la junta, y presentando con grande habilidad la fiesta deseada, como el eje sobre que había de girar la ejecución del proyecto, la restauración del trono, la felicidad de España, y la paz del mundo y el equilibrio europeo. Currita parecía titubear, porque había mirado á Jacobo como si le consultase, y éste fruncía las cejas; la pícara era ducha y no era del todo fácil hacerle tragar el anzuelo. El diplomático reforzó sus argumentos, y el general Pastor, con militar franqueza, dijo resueltamente:

—Condesa—más puede V. hacer en ese baile con su abanico, que yo en el Norte con mi espada.

Y el Sr. Pulido, dando vueltas á sus pulgares, añadió con suavísima sonrisa:

—¡Oh señora condesa!.. Si V. quiere, con razón se llamará ese baile *la dulce alianza*....

La dama extendió ambas manitas con gesto de cómico espanto.

—¡Ay no, no, Pulido, por Dios!...—¡Si así se lama la confitería de la Carrera de San Jerónimo

La Duquesa salió entonces á la palestra, y con habilidad mujeril disparó el más certero saetazo, sirviéndole de balles-ta una mentira muy gorda.

—Después de todo,—dijo, no hay que apurar mucho á Curra; porque si ella no puede dar el baile, Isabel Mazacán se compromete á darlo.....

El tiro dió en el blanco, y Currita soltó al punto la prenda.

—¡Y por qué no he de poder yo?—dijo. La cosa no puede ser más fácil... Dentro de quince días es Carnaval. ¿Les parece á Vdes. bien un gran baile de trajes?...

—¡Te cuesta un sentido!—murmuró Jacobo con tan mal humor como si hubiera él de pagarlo.

Mas la Duquesa, que pescó al vuelo la frase y comprendió la económica idea de *monsieur Alhponse*, impidió que llegase á oídos de Currita, rompiendo á reír á carcajadas: todas la miraron con extrañeza...

—¿De qué te ries?

—Pues nada, mujer... Estaba pensando en el traje que escogerá la Sra. de Martínez para ir al baile... Como no sea el de Teresa Panza, la mujer de Sancho...

### III.

El trato continuo con Bonnat había despertado en París las aficiones artísticas de Currita, y no contenta con el papel de Mecenas, quiso cultivar ella misma el arte del divino Apeles, Visitó á Meissonnier, convidó á comer á Carlos Durand, y pudiendo conseguir que Raimundo Madrazo le diese algunas lecciones por pura galantería de cumplido caballero, volvióse á Madrid dejando á Rosa Bonheur tamañita y royéndose los codos de envidia.

Una vez en la corte, necesitó tener á su lado un genio complaciente, un númen auxiliar que comunicase con sus